

EDILUVIO

19



LA PRIMERA PRUEBA

CINEMATÓGRAFO MATRITENSE

Erase la noche memorable del atentado criminal de Barcelona.

La curiosidad y el deber habían llevado al despacho del subsecretario de Gobernación mayor concurrencia de políticos y periodistas que de ordinario; los telegramas y telefonemas se recibían en las Redacciones mutilados y con retraso, la expectación era lógica y el ansia que se reflejaba en los rostros de algunos de los que esperaban estaba perfectamente justificada.

El subsecretario se acercó al corro de los periodistas, saludó, y antes de que tuviésemos tiempo de traducir en una interrogación el sentimiento que dominaba en todos los espíritus honrados, el señor subsecretario, encarándose con uno de los *reporters*, apreciable joven, que gasta tufos, le preguntó:

—Del *Regaterin*, ¿qué se sabe?

Al siguiente día, *El Imparcial* y alguna otro rotativo dedicaban mayor espacio en sus columnas a los telegramas de Sevilla dando cuenta de la cogida del *Regaterin* que a las noticias de Barcelona.

La Prensa lo ha dicho, los corre-ponsales lo telegrafiaron a provincias y el interesado lo creyó y seguramente todavía sigue creyéndolo.

Se preparaba una manifestación de mujeres contra el famoso Ribera Rovira...

El origen de este rumor, que obligó al señor Ribera a marchar precipitadamente de Madrid, dejándose olvidado—según los periódicos— parte de su equipaje en el hotel, donde paraba, es tal como lo voy a referir, bajo la responsabilidad de un empleado de la fábrica de tabacos, persona de cuya veracidad no tengo derecho a dudar:

Un guason se puso al habla con las cigarreras que trabajan en el departamento de elaboración de pitillos y las arengó así:

—Está en *Madrid* ese catalanista que dijo en Portugal que las señoras de aquí eran unas *tales* y unas *cuales*...

Las cigarreras le oyeron como si tal cosa. El agente revolucionario comprendió que debía variar de táctica y añadió:

—Es que se ha metido con las cigarreras de *Madrid*, con vosotras...

El auditorio estuvo un momento en suspenso; pero antes de que el clamor de la dignidad herida se desatase en gritos de coraje no faltó una que, recordando viejas rivalidades de oficio, pidiese una aclaración.

—*Si lo ha dicho por esas golfas de los puros también estoy de acuerdo yo con el catilinista ese.*

Era preciso echar el resto, y se les dijo que la ofensa no iba dirigida ni a las señoras que gastan refajo ni a las cigarreras que hacen puros, sino directa y exclusivamente para las obreras de la sección de pitillos, blanco de las iras del *catilinista*.

Aquello era ya otra cosa; el techo y las paredes del departamento de pitillos parecían venirse abajo ante el golpear de tantos pies menudos y el chaparrón de denuestos que centenares de voces femeninas lanzaron sobre los huesos del señor Ribera Rovira.

—*¿Y dónde está ese?..*— clamaban las iracundas bravías.

—Hoy averiguaré dónde se hospeda y mañana, al salir del trabajo, podreis ir vosotras para darle un *meneo*.

Acaso se hubiese efectuado la manifestación de cigarreras, pues no desperdicia el bullicioso gremio fácilmente un pretexto para armar jaleo; pero alguien avisó a Ribera Rovira y por la noche dijo un periódico que el delegado barcelonés se había marchado, de jándose, con las prisas, su equipaje.

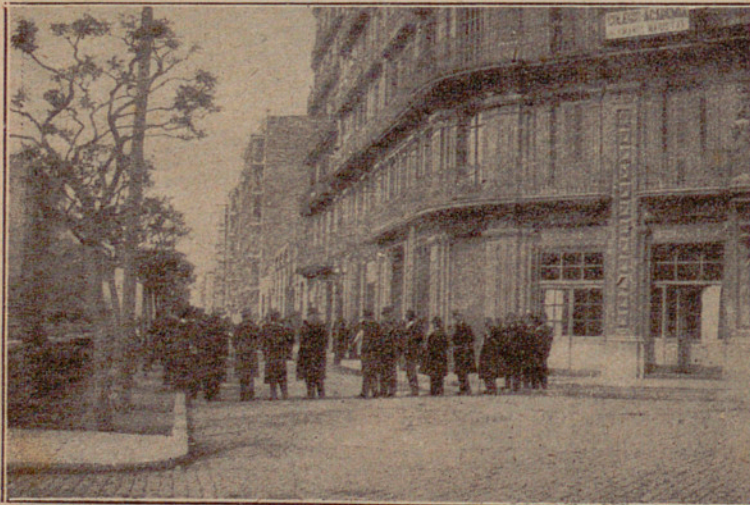
No pudieron las cigarreras, por lo tanto, manifestarse; pero hubo, en cambio, quien pretendió sacar algo en limpio de todo aquello, y fué un sujeto que se presentó al día siguiente en la fonda diciendo que era el encargado de recoger el equipaje del señor Ribera.

—¡Si aquí no se ha dejado más equipaje que un gabán! replicaron los de la fonda.

—Bueno; vengo por el gabán—contestó el prójimo.

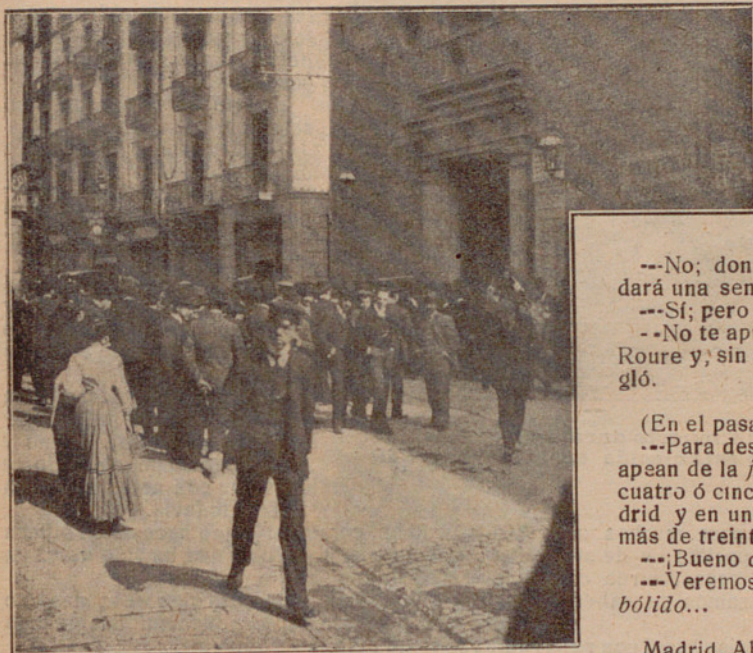
Y se llevó el abrigo, que a estas horas debe parar en cualquiera de las innumerables cajas de préstamos que en la villa y corte existen, porque, como habrá supuesto el lector, el del equipaje era un sinvergüenza que pensó que aun cuando los *catilinistas* son gente inmoral, suelen usar a veces prendas de vestir bien apreciadas en el empeño.

La lucha electoral



Fila de ciudadanos en espera de turno para votar en uno de los colegios de la calle de Aragon.

La lucha electoral



El colegio electoral de la plaza de Santa Ana. Los electores esperando que se constituyera la mesa, lo que se efectuó con gran demora debido al obstruccionismo de los interventores antisordarios.

—Hemos perdido ganando. Claro; con 27 actas que desaparecieron. Dato ha podido meter el embuchado de seis mil votos que nos lleva de ventaja la candidatura ministerial.

—¿Y cómo consenten ustedes que les roben así las actas?

---¡Es inevitable!...

---¿Pero no hay interventores?...

---Sí, y por lo general son gente buena; pero cuando se resisten al soborno, entonces los emborrachan.

---¿Y por qué no se les hace vigilar?

---Es que á veces emborrachan también á los encargados de la vigilancia, ¿sabe usted?...

(En el salon de conferencias y en un corro de ministeriales.)

---Si Maura no fuese débil y tuviese realmente algo de lo que sobraba á Narvaez y á don Antonio Cánovas, verían con cuánta facilidad se destruíra ese bloque solidario...

---Muy fácilmente; anulando las elecciones de Cataluña y nombrando diputa-

dos de real orden... Las Cortes ya aprobaríamos despues su conducta...

* *

(En el mismo local, aun cuando en distinto corrillo)

---A Fulano... (un apellido bastante conocido en Cataluña) lo han reventado, dejándole sin acta... El pobre está cargado de *llos* y si se queda sin inmunidad lo empapelarán.

---No; don Antonio le quiere y siempre le dará una senaduría vitalicia.

---Sí; pero ¿y la renta?...

---No te apures; bien difícil era el caso de Roure y; sin embargo, tú sabes que se arregló.

(En el pasaje del Casino, cogido al vuelo.)

---Para desgracia la del pobre Duque. Le apean de la *jaca*, á pesar de que ha gastado cuatro ó cinco mil duros, y ayer llega á Madrid y en una talla *atravesada* le liquidan más de treinta mil pesetas.

---¡Bueno debe haber quedado! ¿Y ahora?

---Veremos sobre qué provincia cae ese *bóldo*...

TRIBOULET.

Madrid, Abril.

LO QUE VEO Y OIGO

EN LA BARBERIA

Para muchas personas el tener que acudir á la barbería es un suplicio espantoso; sólo al pensar en el jabon y la navaja se ponen nerviosos. Además, aquellas *esperas*, aquel ambiente saturado de un perfume indefinible, aquellas charlas insustanciales, aquellos periódicos manoseados y mu-

La lucha electoral



Frente á uno de los colegios de la calle del Bruch

(Fotografías de J. Branguli Soler). 7



Entierro de Pedro Lloveras, muerto durante las elecciones del domingo, frente al colegio establecido en la calle de Colinas.

grientos, todo esto constituye para muchos un tormento que demoran todo lo posible, y de ahí esas cabelleras encrespadas y esos rostros de barbas hirsutas con que tropezamos en calles, tranvías, teatros y cafés.

Yo voy á la barbería sin violencia y casi con regocijo; para mí es un delicioso centro de observación de la majadería humana. Si se ha dicho, y con razón, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, también puede decirse que no hay persona humana, como escribe cierto autor dramático, que no descubra sus debilidades ante el barbero. Con el rostro embadurnado de jabón todos somos iguales, y no sé por qué al sentir sobre las mejillas el raspeo de la navaja barbera nos sentimos inclinados á las confidencias y abrimos con facilidad nuestro pecho para que salgan á la luz las ideas ocultas y las recónditas flaquezas.

A esto contribuye en grado no escaso la diplomacia barberil, que es la más fina de las diplomacias, plegándose dulcemente á los caprichos y rarezas de cada uno.

—¡Caramba, caramba! Y ¿no hace usted alguna diablura á su señora? Yo sé que ha sido usted un buen espada.

—¡Ji! ¡ji! Hombre, si la cosa viene á la mano no la desperdicio... Me parece que aquí ha quedado un poquito de pelo...

—Sí, ya está fuera. Ea, servidor; está usted hecho un pollo.

—¡Ah, si me hubiera usted visto en mis tiempos! ¡Tenía un cartel! ¡Por donde iba hacia estragos!... Así tenía las mujeres.

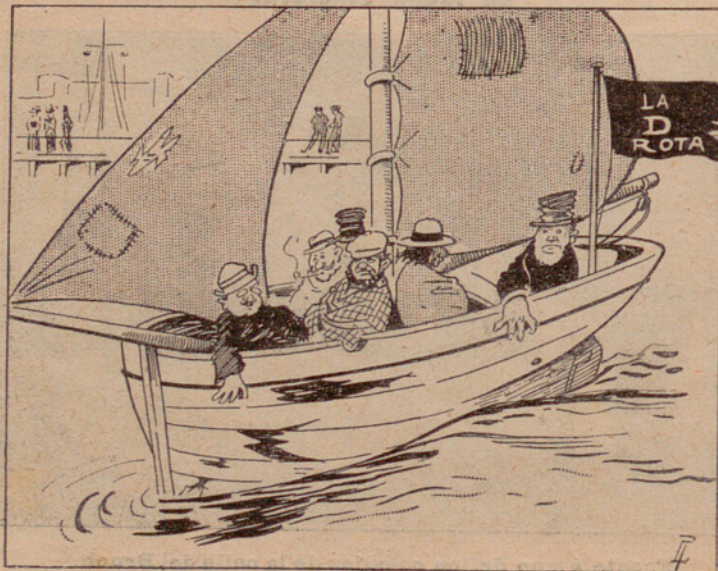
—Lo creo, lo creo; todavía quedan rastros.

—Toma, hijo.

—Muchas gracias, don Fabian. Hasta el sábado; conservarse; cuidado con la escalera. ¡Eh, que se déja usted el bastón! ¡Ojo con la estantería de enfrente!

Y el viejo sale arrastrando los pies y tosiendo.

¡Qué ridícula es la ancianidad cuando blasona de conquistadora!



¡Buen viento!

Se sienta ante el tocador un señor moreno con grandes bigotes y los dedos llenos de sortijas.

—Un repasito nada más y volando; á las cinco estoy citado con Salmeron.

—Enseguida. Usted trabaja demasiado.

—¿Qué le va usted á hacer? Soy indispensable para los hombres políticos; mi actividad, mi conocimiento de las luchas locales, mi influencia, mi...

Un brochazo de jabón corta en la boca el autopanegírico.

—Estos días no habrá usted tenido reposo.

—¡Qué elecciones, Toribio! No he tenido tiempo para comer, ni para dormir. Gracias al automóvil de mi amigo el duque... Tuve que visitar todas las secciones y todos los distritos. Ya me lo decía Vallés y Ribot: Chico, si no te

mueves estamos perdidos. Y luego ese Junoy, ese Suñol, que no saben hacer nada sin mí... Te digo que estoy medio muerto.

—Ya lo decíamos acá nosotros.

—No me pongas mucho cosmético, que á Salmeron no le gustan los políticos muy acicalados. Dale al peinado un aire algo así como demócrático; un poquito de tupé no estaría mal...

—¿Está bien así?

—Muy bien. Ea, no puedo esperar más. Estos hombres grandes son muy exactos para las citas. ¡Adios, Toribio!

—No se canse mucho.

Y el indispensable señor sale corriendo como un ciclon.

*
Un joven mal trajeado. Largas melenas. Ademanes desmadejados.

—¿Qué va á ser, don Antonio?

—El pelo y la barba.

—Muy bien ¿Quiere usted un periódico?

—¡No, por Dios! Harto tengo con el mío. Y á propósito: ¿ha leído mi último artículo en *El Cataclismo*?

—Sí, sí; todos lo hemos leído.

—Pues ha estado á punto de producir una crisis; Mau ra me teme como al rayo. Porque yo hago eco en Madrid.

—(¡Voz se necesita!) No lo dudo.

—Ahora me habían hablado para ir de redactor jefe á *El Imparcial*; pero esa Prensa de Madrid es una asquerosidad. Seis mil pesetas anuales y gafes; una porquería.

—Es claro.

—Además, allí está Mariano de Cavia, que es un envidioso, y reñiríamos pronto. Mis crónicas le hacen trinar.

—No, no acepte usted; nos hace mucha falta en Barcelona. ¿Quiere una fricción de quina?...

—Aquí hacen falta periodistas con ideas propias y de intuición. Déjeme esa patilla más larga. No es por modestia; pero la Prensa local algo me debe.

—Lo creo; á muchos he oído decir lo mismo.

—Quiero decir, que no soy de los que menos he contribuido á su prestigio..

—¡Ah!..

—Ahí van sesenta céntimos.

—*Merci*, don Antonio. Y á trabajar mucho.

—Se hace más de lo que se puede.

Y el eximio periodista coge su baston, nos dirige una mirada de desden y se va. ¡Lástima de tiro en medio de la frente!

Polllito delgado, pálido, con americana muy larga y entallada y pantalones doblados.



Entierro de Pedro Lloveras.—La presidencia del duelo.—En primer término, de izquierda á derecha, el hijo del difunto y los señores Rusiñol (Alberto), Bertran y Musitu é Ignacio Giróna.

(Fotografías de J. Branguli Soler.)

—Aquí, Pepito.

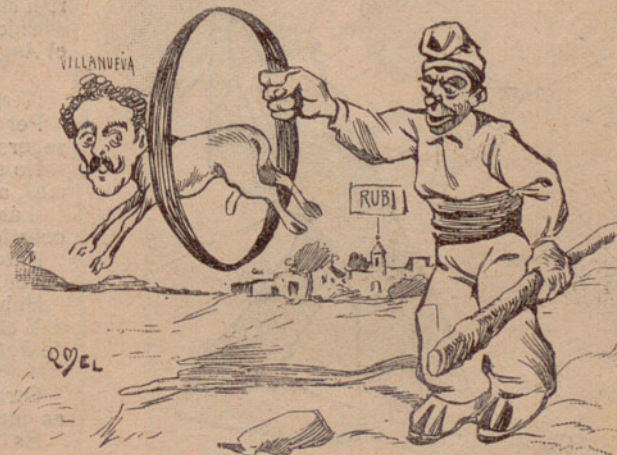
—Primero la barba, luego una locion de violeta, y despues un hierro á esta onda.

—Ya le ví á usted anoche en el Tívoli.

—¿Con una rubia, verdad? Era la baronesa de X... No me deja un momento; me tiene frito. Esta navaja roza un poco. Cuidado no me corte las guías.

—Usted siempre tan calaveron.

Contrastes ortográficos



Al jefe le botó todo el pueblo y á su protegido no quiso votarle nadie.

—La edad, maestro, la edad. Esta noche damos un baile en *La buena sombra*. Esmérese usted, que esta onda escarolada de la izquierda hace es tragos

—Es que usted tiene simpatías.

—Y figura, maestro. Póngame el pulverizador; ahora la piedra. ¡Uf, cómo escuece!

—Eso es bueno. ¿Rizamos algo?

—Ya lo creo: todo... No me ponga usted *opoponax*, que es muy ordinario. Prefiero heliotropo

Me parece que ese pelito de la izquierda es un centímetro más largo que el otro. Así; no lo toque usted, que se descompone. Deme bri lantina en las cejas. Me voy corriendo á la guantería. Tome usted, una peseta. Ya le contaré el jueves lo del baile.

—¡Cuidado con las conquistas!

—Algunas caerán.

Y yo me pregunto: ¿Es esto un hombre?...

Dicen que sí...

FRAY GERUNDIO.

MINUCIAS ELECTORALES

En Dios y en mi ánima creo que el rasgo culminante de las elecciones, ya felizmente pasadas, ha sido el de Agon, un pueblecillo aragonés donde hay bastante buen vino y superiores electores; tan superiores uno y otros que han preferido quedar para mejor ocasión.

Agon ha sido en estos días el único pueblo feliz de España. No votó á nadie.

Convengamos en que ha demostrado un alto sentido político.

—¿Pa qué votar?— dirían probablemente los agonenses, ó agónicos, ó como se llamen.

—Para que gane Maura no vale la pena de molestarse— debieron responderse.

Y, efectivamente, se constituyó la mesa, se abrió el colegio, y llegó la hora del escrutinio

sin que nadie hubiera ejercido su sacratísimo derecho; los interventores votaron... en blanco.

En esa acta sí que brillan el sufragio y la voluntad nacional en toda su pureza.

Agon no estará representado en el Parlamento y ya verán ustedes cómo no le hace maldita la falta la representación.

Es el viejo cuento aragonés.

Hombre—le dicen á un baturro á bordo de un buque—, ¿usted no se marea?

—¡Yo! ¿Pa qué?

Por extraño contraste, mientras en Agon no votaba nadie, en Zaragoza fué á los comicios el propio arzobispo.

Y votó á Moret.

Como pudo, aun cuando en un pastor de la Iglesia no estaría propio, votar al *chápiro verde*. Es de suponer que el arzobispo no votaría de pontifical.

Ciertas funciones no pueden ejercerse con la capa pluvial puesta.

Y un décimo de la lotería del centenario de los Sitios de Zaragoza en el bolsillo.

Pero si consolador es el espectáculo del arzobispo *votando*, en el sentido electoral de la palabra, no lo es tanto que me compense el dolor de la derrota de mi único candidato

¡Alegret ha sido derrotado!

Las lágrimas anublan mis ojos y mojan estas hojas.

¿Qué será el Congreso sin Alegret?

Una *macabrez*. Algo parecido al circo de Parish sin *clowns*.

Únicamente estará Sanchez Guerra para hacer el *Augusto*.

¡Y si al menos hubiera salido Huelin...!

Pero Huelin salió... de estampía en cuanto vió segura la derrota.

No sabemos si salió con dirección á «El Empalme», aun cuando es lo probable.

¡Lástima, mucha lástima ha sido que no se ocurriera presentarse por Agon!

Entonces los electores no hubieran podido votar en blanco.

Hubieran *botado en tinto*.

Y el candidato habría podido disponer de la mar de *botos*.

Otra vez se nos vuelven á anublar los ojos. No es que estemos picando cebolla.

Es otra interjección la que nos hace llorar: ¡Requejo!

Sí; Requejo, que nos ha conmovido con su rasgo de abnegación.

Recuerdos] electorales



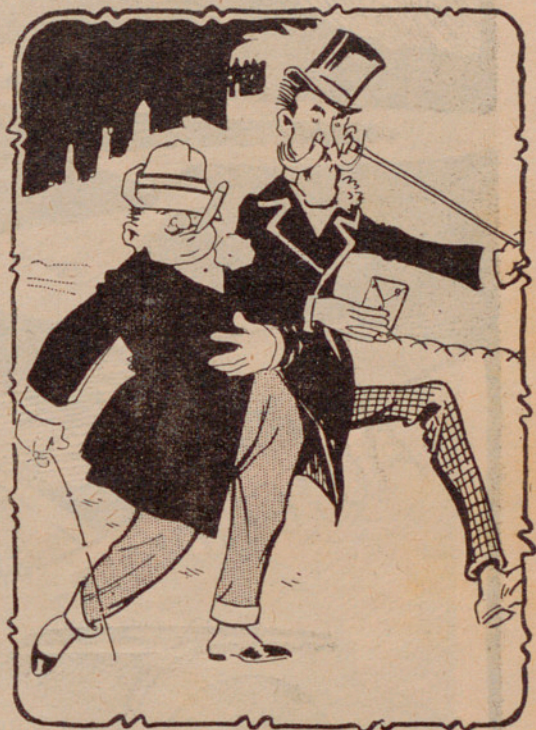
Los únicos que se preocuparon de buscar las candidaturas lerrouxistas.

HISTORIA DE LERROUX (Q. E. P. D)

RESUMEN GRÁFICO



Cómo llegó



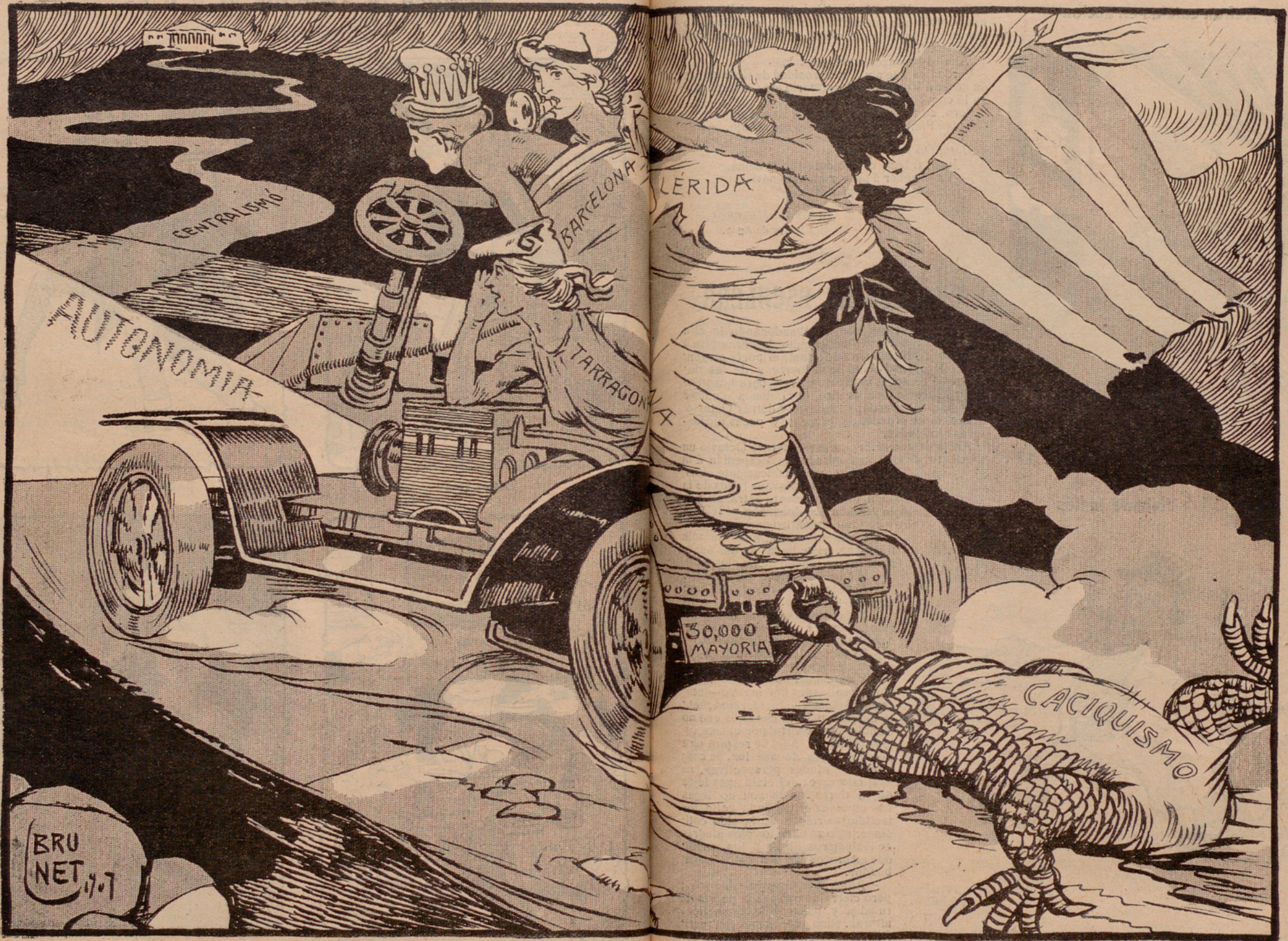
Cómo intrigó



Cómo vivió



Cómo murió



¡Ay de quien se atreva á ponerse camino para estorbarle el paso!

Refran catalan en accion



Tornemsen al llit, qu'aixó es la lluna.

Viajante inglés



—Me parece que esta temporada vamos á hacer buenos negocios.

Supo que Maura le iba á los alcances á Romanones y, olvidando que antes se coge á un embustero que al Conde... en automóvil, le cedió su distrito de Bermejillo.

¡Aun hay corazones magnánimos!

Verdad es que sin la generosidad de Romanones de hacer á Requejo subsecretario de Gobernacion no lo conocía Rita.

Pero, en fin, es un rasgo ¡qué Requejo!
Quizá Pinilla no habría hecho otro tanto.

Mot de la fn.

—Juan, tráeme cuatro duros de bencina.

—¿Va el señor á pasear en automóvil?

—No, que voy á limpiar el acta.

JERÓNIMO PATUROT,
Elector de Agón.

BAJANDO LA ESCALERA

Nos disponíamos á bajar, abandonando la alta buhardilla que servía de estudio y dormitorio á Octavio. Abría la marcha Rafael, el poeta elegante y pulcro, favorecido de la suerte y de las damas, que en aquel momento ejercía para nosotros de Providencia bienhechora llevándonos á comer al restaurant Martin; seguía yo y detrás Octavio, el artista de grandes esperanzas y pocas placentas realidades.

Antes de cerrar la puerta se detuvo Octavio un momento, dirigió una mirada de despedida á la

buhardilla melancólicamente alumbrada por los blancos rayos de la luna que libremente entraban por la ventana que dominaba al tejado, y en tono dramático exclamó:

—Hasta la vuelta, nido de mis ilusiones, triste hogar de mis miserias, futuro templo de mi gloria.

—Inspirado estás — dijo Rafael.

—Ante la perspectiva de una buena cena—añadió yo.

—No; expreso sentimientos naturales. Siempre que abandono mi buhardilla me siento melancólico.

—Es lógico; te disgusta dejar las altas regiones en que vives ..

—Y descender hasta las vulgares realidades del arroyo—interrumpió Rafael—.

—Sí, sí, refos cuanto queráis; pero lo cierto es que no cambiaría mi cuarto por el más luminoso principal. Aquí se respira aire puro, se goza de más luz, se contemplan grandes perspectivas, se está más cerca del cielo, más lejos de la tierra; hasta aquí no llegan los innobles gritos de la calle, los fastidiosos ruidos de la vida cotidiana; sólo se oyen los píos alegres de los pájaros libres ó los maullidos amorosos de los gatos vagabundos.

—Admirable, Octavio—dije yo—; pero cierra de una vez la puerta de tu edén y bajemos de las poéticas alturas. Bien puedes hacer el sacrificio si al final te espera una suculentísima cena.

—Sólo con este cebo ha podido tentarme Rafael. ¡Ay!—añadió con quejumbroso acento al tiempo que cerraba la puerta—, es triste cosa que nuestras más puras idealidades tengan que someterse á las prosaicas exigencias del estómago.

Empezamos á bajar. Al pasar frente la puerta del piso tercero percibimos el sordo ruido de una máquina de coser y la fresca voz de una joven que cantaba sentimental endecha.

—Tu vecina...—dijo Rafael.

—¿Es bonita?—inquiri yo.
—Es desgraciada—respondió Octavio—. Se mata trabajando para sostener á su madre, inválida, y á sus hermanitos, y de vez en cuando canta, canta tristemente, no sé si para aliviar sus penas ó aumentar su dolor.

Seguimos bajando. Rafael se detuvo ante el cuarto segundo. Oíase la voz ronca é irritada de un hombre y los sollozos entrecortados de una mujer.

—Buenos vecinos tienes, Octavio.

—Un matrimonio desgraciado.

—Como hay muchos—interrumpió Rafael.

—El es jugador y borracho; ella una mártir que se pasa la vida gimiendo y llorando.

—Convengamos—dije yo—en que el matrimonio es muchas veces una lamentable equivocación.

—Y lo peor—agregó Rafael—es que no se tiene siempre el valor de enmendarla. Continuamos descendiendo.

—¡Detente, Rafael!—gritó Octavio—y lee el rótulo que ostenta la puerta del cuarto primero.

—«Angelina Marsal, Modista»—leyó Rafael en alta voz

—Una modista—dijo Octavio picarescamente—que se entiende con los maridos para hacer el traje á sus mujeres.

Llegamos hasta el piso principal. Un piano dejaba oír las alegres notas de un vals, acompañadas de risas y exclamaciones.

—Vamos, menos mal; aquí se divierten. ¿Y esos quiénes son?

—Burgueses...—contestó despreciativamente nuestro artista—. Un comerciante retirado, con su mujer y cuatro hijas casaderas. Probablemente hizo su capital vendiendo por buenos géneros averiados.. como casi todos los comerciantes retirados.

¡Al fin solo!



—Después de lo ocurrido, ¡cualquiera se atreve á decir que es de los míos!

Bajamos algunos escalones.

—A un lado—ordenó Rafael.

Un señor muy gordo subía trabajosamente, pasando por delante de nosotros resoplando como un buey fatigado.

Octavio guiñó los ojos y nos dijo bajito:

—Ese va á casa de la modista á pagarle el traje de su mujer.

La puerta del entresuelo estaba abierta de par en par; en una plancha de metal leíase «Préstamos». Al fondo de la primera pieza podía verse el gran escritorio, protegido por un enrejado provisto de ventanillas.

—El templo de la usura—dije yo.

—Aquí se despluma al prójimo al amparo de la ley—añadió Octavio.



Lo que será para los de fuera

Llegamos, por fin, al amplio portal de la casa. El frío airecillo de la calle azotó nuestros rostros.

Salimos. Un coche lujoso, tirado por briosos caballos, pasó rápido, conduciendo á encopetado señor. Un viejo mendigo acercóse pidiéndonos limosna con quejumbroso acento. Contados transeuntes cruzaban la calle, mientras nosotros, riendo y hablando, seguíamos camino del restaurant.

ADRIAN DEL VALLI.



El Progreso publica diariamente cartas de lerrouxistas más ó menos auténticos que desean que sepa el mundo que ellos siguen afectos á la fracasada política de Lerroux.

Ignoramos el efecto que estas tardías é inútiles adhesiones le harán al interesado.

Nosotros, si tuviéramos la desgracia de estar en su pellejo, nos sonreiríamos de estas misivas, que se nos antojarían bromas de mal género, y diríamos, parodiando al fabulista:

Estas adhesiones
llegan con retraso;
que á ambicioso muerto
la promesa al rabo.

Siempre habíamos tenido á Mir y Miró por un conquistador de boquilla (dicho sea en el sentido más español de la palabra); pero nunca creímos que por atribuirse una nueva conquista fuese capaz de mentir hasta por telégrafo y pagando.

Los periódicos se dejaron sorprender y anunciaron con el natural asombro que Mir había ganado el corazón del cuerpo electoral de Barbastro.

Pero dos días después se supo la verdad. Y la verdad era que Mir había recibido otras calabazas.

Este pobre Mir es un desventurado Tenorio que no puede dar un paso sin encontrar un Mejía que le despanzurre.

Otro de los lerrouxistas derrotado es el risible Valentí.

Pero á éste no le preocupan estas prosaicas y vulgares decepciones. Valentí tiene la Filosofía para consolarse... y para decir bobadas.

Verán ustedes cómo no tarda en publicar un artículo que haga reír; lo que probará que la derrota no le ha cambiado el humor.

Maura tenía empeño en que no fueran al Congreso Soriano ni el conde de Romanones. Pero, desgraciadamente para él, irán los dos y Maura tendrá que verlos. Y, lo que es peor, tendrá que oírles.

Romanones llevará tres actas, dos suyas, porque las ha comprado con su dinero y otra cedida por el señor Requejo.

Del precio de las dos primeras nada tenemos que decir, porque el Conde es muy dueño, de emplear su fortuna del modo que le plazca.

La tercera, la regalada, es la que pagaremos nosotros y á buen precio. Requejo será ministro. ¡Y todo por Maura!

El Gobierno no se explica que los señores Galdós y Morayta hayan pensado en renunciar sus actas. ¡Demontre!—habrán dicho los ministros—si por tiquis miquis de moralidad y de vergüenza se hubieran de renunciar las actas, en las próximas Cortes no habría un solo representante maurista.

El detalle más bonito y significativo de las últimas elecciones se ha registrado en Valencia.

Mientras el gobernador ordenaba que fueran retiradas de los balcones de dos casinos las banderas republicanas, los electores demostraban con sus votos que no está lejano el día en que en Valencia ha de ondear la bandera tricolor hasta en el mismo edificio que hoy ocupa Perez Mozo.

El señor Maura ha dicho de una manera rotunda que no habrá crisis.

Añadió el jefe del Gobierno que está satisfecho del comportamiento del señor La Cierva.

Y se comprende. Don Juan ha hecho cuanto ha podido para servir á su señor, falseando el sufragio.

Donde los mauristas no han conseguido el triunfo ha sido porque las artes y las fuerzas del ministro de la Gobernacion han tropezado con otras fuerzas mayores que las suyas.

La guardia civil puede mucho, pero no lo puede todo.

Dicen que Lerroux García tan triste el lunes estaba que á duras penas probaba lo que Vila le servía.

Para aumentar su agonía uno á su puerta llamó, y entró un alguacil leyendo un exhorto, que corriendo don Alejandro guardó.

Se nos asegura que la escena que queda referida se ha repetido varias veces en la última semana. ¡Y lo que se repetirá!

En todas las listas que se han hecho clasificando por grupos á los diputados electos figura el repentino solidario don Juan Moles.

Le hemos visto clasificado como diputado catalanista y como republicano, en el grupo de los diputados jóvenes, en la lista de los letrados que irán al Congreso y en la de los periodistas con acta.

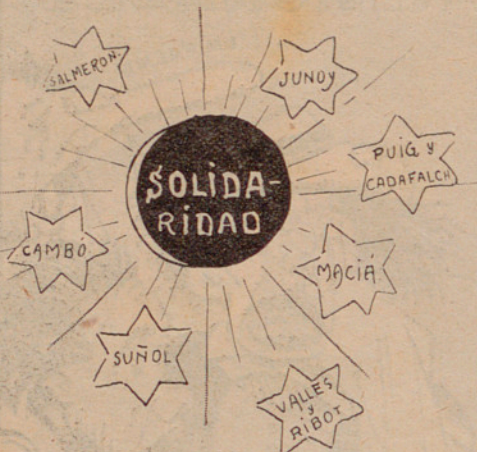
Y aun esperamos verle en otras muchas.

Si á alguien se le ocurre dar en varias listas los nombres de los diputados frescos, de los vivos, los faroles, los charlatanes, los cucos y de los enredadores, tendrá que meter en todas al diputado Juan Moles.



Lo que será para los de casa

Astronomía política



Eclipse total y definitivo del Sol., y Ortega

Se asegura que el señor Ossorio y Gallardo sólo espera que se verifiquen las elecciones de senadores para presentar la dimision de su cargo.

¡Quién fuera Maura, que es quien arregla estas cuestiones, para adelantar un mes las próximas elecciones!

En París ha ocurrido un hecho curioso.

Llegó á la ciudad de la luz el ciclista negro Taylor, campeón del mundo.

Se le recibió como á un príncipe en uno de los mejores hoteles; pero, apenas se hubo instalado en su magnífica habitación, vióse sorprendido por la visita

del fondista, que le pedía humildemente, pero firmemente, que se sirviera salir de la casa.

Era sencillamente que unos americanos aposentados en la fonda habían amenazado con marcharse al punto si no se ponía de patitas en la calle al famoso ciclista.

El progreso de las costumbres democráticas no puede ser más evidente.



Seguramente la noticia de que piensan contraer matrimonio los dos enamorados centenarios de Nueva York, Rosa Guire y John Budren, es un *canard* yanqui.

Pero yo sé de un caso científico más notable todavía.

Vinaixa y Villanueva, que no son precisamente neoyorkinos ni aspiran á la celebridad de Thaw, se casarán con el cuerpo electoral dentro de dos siglos. El amor es paciente.

Una delegacion de católicos belgas visitó al papa para darle las gracias por haber concedido el capelo al primado de Bélgica.

Al mismo tiempo los delegados entregaron á Su Santidad 135,000 pesetas.

Por ese precio yo haría diez cardenales á cada súbdito de Leopoldo II.



Un banquero español ha regalado á Matilde Pretel un millon de pesetas.

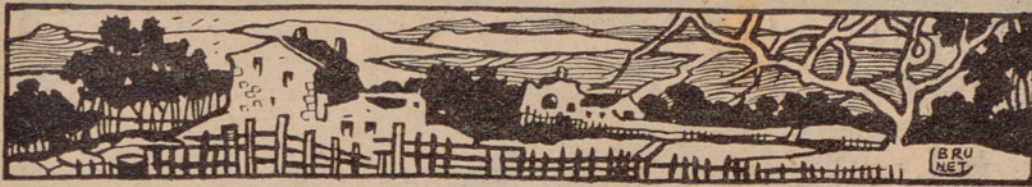
¡Epoca feliz para las tiples y los pontífices!

Peró yo me explico el regio presente á Matilde.

Será por algo.

Ese banquero no se mostraría tan generoso con Mir y Miró.





* QUEBRADEROS DE CABEZA *

PROBLEMAS

(De Domingo Ruiz)

Deja un padre al morir su fortuna repartida entre sus hijos del modo siguiente: Al mayor, ó sea al 1.º, 1.500 pesetas, más el 1/9 del resto; al 2.º, 1.500 pesetas, más el 1/9 del resto; al 3.º, 1.500 pesetas, más el 1/9 del resto y así sucesivamente. Hecho el reparto, se halla que todos los hijos cobran la misma cantidad. Averíguese cuál era la fortuna del padre, cuál el número de hijos y cuánto tocó á cada uno.

(De José Sabatés Font)

El día de mi santo distribuí entre varios pobres una cantidad tal, que si daba á cada uno de ellos 25 pesetas me hubiesen faltado 10 y dándoles 20 me habrían sobrado 15. A ver si se indica el número de pobres que recibieron el donativo.

CHARADAS

(De José Prats Serra)

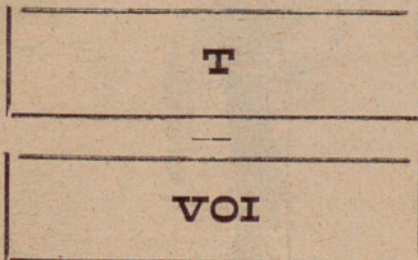
Nombre de mujer *tres cuarta*,
la *primera* es musical,
lo propio que la *segunda*,
y un insecto es el *total*.

(De Manuel Colomé)

Prima inversa musical,
dos tercia llaman mujer,
y en el *todo* puedes ver
el nombre de un animal.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

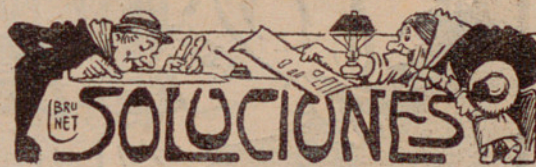
(De Luisa Guarro Mas)



LOGOGRIFO CHARADÍSTICO

(De J. Prats Serra)

- 1.ª 2.ª 3.ª 4.ª Calle de Barcelona.
- 2.ª 3.ª 4.ª Tiempo de verbo.
- 1.ª 4.ª Es propio sólo de mujeres.
- 2.ª Nota musical.



AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Una de las mariposas puede verse al lado del maletín que lleva la joven, otra un poco más abajo, otra entre el velo y el antebrazo izquierdo de la muchacha, otras dos entre las hojas de los árboles situados detrás de la joven, y la última un poco más abajo del árbol que aparece á la izquierda del dibujo.

Han remitido soluciones.—Al rompecabezas con premio de libros: Madame Paul Robert (Paris), Rita Cullaell, Pepita Giral, Josefa Tortosa, Emilia Parés, Manuel Colomé, Amadeo Caldés, Julio Ruiz, José Prats Serra, Francisco Masjuan Prats, Manuel Cáceres, Juan Carrera, Miguel Sucarrats, Isidro Oliveras, Ramon Grau, Alvaro Vila José Grogús, Ezequiel Martín, «La dona del seu marit», Santiago Valls, Luis Batlle, José Lladó, «Un vlu», Eduardo Molina Mercader, Melchor Zorrilla, Louis Ferrand Guillot, José Monfort. «Diana», Andrés Durango, Antonio Roigamós, J. Pujol Pou, Enrique Vilaplana Cau, Francisco de P. Carné, J. G. C. Kuroki, Antonio Agulló, B. Sala Manso, Pedro Quintá, N. Oliveras, Francisco Carré, Emilio Montón, Sebastian Hernandez, Casimiro Saez, Antonio Ustrell, Ramon Escasans Batlle, C. Capellá, Ramon Abadal Marce, Juan Mir Matoses, José Bes Micolasa, Felix Balaguer, J. Gilavert, «Un amante del duque de Leyva», José Gonzalez, Enrique Perbellini, Narciso Perbellini, Santiago Andrés, Miguel Sugrañes, Francisco Mascareñas y Federico Hernandez. Entre dichos señores se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.



—El autor! ¡El autor!
—Respetable público. El autor de todas las malas obras que tenemos el gusto de representar no asiste nunca á los estrenos.